

**“De los afanes por rastrear detalles  
y las dificultades para integrar paisajes”.**  
***Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)***  
**Coord. gral. Laura Beatriz Suárez de la Torre,**  
**ed. Miguel Ángel Castro. México: Instituto de**  
**Investigaciones Dr. José María Luis Mora / UNAM-IIB,**  
**2001, 662 p., il. ISBN 968-36-9315-6**

**L**a lectura del grueso volumen que constituye esta obra permite al estudioso de la producción de saberes sobre la historia hacerse una idea bastante clara de la importancia que ha adquirido en nuestro medio la investigación de diversos temas comprendidos en lo que este acertado título sugiere. Los botones de muestra que se reúnen en un libro de 662 páginas son puertas y ventanas distintas para introducirnos a un mundo en el que advertimos innumerables asuntos que competen a la tarea de hacer y divulgar cultura. La coordinadora general de la obra, así como el editor, maestros ambos en el asedio a estos temas que hoy se inscriben en la nueva fórmula de la “historia cultural”, han hecho posible, con el gran esfuerzo que ello supone, esta conjunción que algunas

veces se resiste al orden impuesto, pero que al fin y al cabo encuentra un lugar para cada uno de los casos.

Tras una brevísima presentación destinada sobre todo a justificar la indagación de temas que se pretenden al margen de una historia que privilegia los de índole política, que pone de relieve la bondad de acercarse a otras dimensiones de la actividad humana para enriquecer la percepción de la realidad del pasado, y que asimismo encomia la apertura que supone para la investigación el hecho de combinar intereses y métodos de distintas disciplinas y subraya el carácter colectivo de este esfuerzo, la labor fructífera que supone el enlace de proyectos y el apoyo institucional que lo hace posible, se echan de menos algunos renglones que pudieran orientar al lector sobre

la pluralidad de miradas, es decir, sobre los 46 autores que allí se congregan. Ciertamente en una enorme proporción aparecen aquí los nombres de muchos de aquellos que han hecho de su labor de investigación histórica y literaria el camino para aportaciones sustantivas y bien reconocidas, pero también que surgen a lo largo de la obra los de los jóvenes cautivados por un terreno tan promisorio para entender la historia como éste, cuya ubicación se antoja necesaria.

Las nueve secciones en que se dividen las aportaciones de unos y otros contemplan panoramas a veces fáciles de deslindar entre sí y, muchas otras, por el contrario, tratan de asuntos que son complementarios a todas luces. Imposibles de abarcar en su riqueza, me conformo con apuntar algunas características que saltan a la vista de un lector ávido.

La primera: "Problemática e intereses editoriales" está conformada por los trabajos de seis autores, y por medio de ella el lector logra enterarse de cuestiones que atañen al negocio mismo de la tipografía y sus implicaciones en el orden técnico, artístico, del trabajo, de la vida social, de la organización económica, en fin, desfilan allí nombres y estampas que remiten a condiciones, intereses, obstáculos, sueños y realizaciones.

La caracterización del diseño para poder hablar del cambio sufrido en lo que se concibe como una época de transición (1770-1850) y subrayar la

novedad en letras, ilustraciones, temas y diseños, es el tema del que se ocupa Silvia Fernández. Everardo Carlos, desde una perspectiva propia de la historia social, permite conocer las condiciones que privaban en el quehacer de la imprenta. Describe y ambienta el mundo en el que se desarrollaba, con el interés de que se comprenda el papel de los trabajadores frente a los cambios que se daban en el proceso productivo. Una clasificación de los impresores chicos y los no tan chicos la proporciona el erudito estudio de Nicole Giron, quien, con auxilio en métodos cuantitativos hace presente el producto de la investigación que dio como resultado una base de datos de folletería mexicana del siglo XIX. A partir de ella brinda un estimado de la actividad editorial, menciona a los principales editores y, de acuerdo con el volumen de producción de folletos, presenta seis grupos. Se trata de un artículo destinado a abrir caminos de indagación, sembrando hipótesis y señalando la riqueza y limitación de la fuente indirecta de que se sirve. Lilia Granillo, utilizando una perspectiva propia de los estudios de género, da cuenta del cambio que supone el trabajo editorial en lo que llama la dialéctica de sometimiento y liberación, e ilustra con el tema de las mujeres como destinatarias y las mujeres como ejecutantes de la empresa editorial. El relato que se anuncia como "apócrifo" aunque bien documentado, con el que Alejandro García Neria contribuye a esta primera

parte, se refiere a las tribulaciones de un editor. Con singular sabor y en pocas líneas hace el recorrido: falta de recursos, ocupaciones múltiples, oficialismo, falta de garantías para la expresión, diferencias entre colaboradores, olvido y convivencia con el cajista son las que aquí desfilan y, con un mínimo de argumentos y de ejemplos, provocan la imaginación. Cierra la sección el texto de José Antonio Robles Cahero sobre las ediciones de Euterpe, en la que se trata de esa industria editorial incipiente y se explica su desarrollo, y abre, con la indicación de un buen repertorio de temas, ese camino por explorar que es el de la impresión de la música y de las obras para enseñarla.

El turno siguiente corresponde a quienes presentan un repertorio de "Impresores en la ciudad de México". Cada uno de los cinco trabajos tiene como tema a uno de los grandes editores e impresores con cuyos nombres nos hemos familiarizado los visitantes del siglo XIX a fuerza de hacer fichas bibliográficas en las que aparecen. Mariano Galván, Vicente García Torres, José Mariano Fernández de Lara, Ignacio Cumplido (por cierto el que mayor honor hace al apellido), el catalán Rafael de Rafael. En esas páginas tenemos acceso a algunos episodios de vida, a la mayor o menor claridad para conocer de dónde venía o hacia dónde se dirigía su labor con los libros e impresos. Así, las notas puntuales de una investigación en curso que ofrece Laura Solares Robles, para dar fe de los pro-

blemas enfrentados por el célebre señor del "Calendario"; así también el retrato de esa carrera ascendente de Vicente García Torres que describe Othón Nava Martínez. La coordinadora de la obra, Laura Suárez de la Torre, es quien se hace cargo de abundar en el conocimiento del editor de algunos clásicos, de filiación monárquica, que fue Fernández de Lara. María Esther Pérez Salas se ocupa de Ignacio Cumplido y hace evidente el grado de compromiso con su labor que demostró en los hechos el editor de *El Siglo diez y nueve*. El paso por México del impresor Rafael de Rafael y Vilá, empresario y político conservador, es el tema de Javier Rodríguez Piña.

En la tercera parte, "Impresores de provincia", hacen presencia tres estados de la República para dar lugar a la búsqueda de elementos que permitan configurar la trayectoria de la imprenta. Distinta en cada lugar, con contenidos y propuestas que se antoja comparar, ponen la muestra de la dedicación que se requiere para poner en claro cada historia. Celia del Palacio presenta en pocas páginas muchísimas noticias, una suerte de catálogo en manos de una experta para dar razón de lo que fue la realidad de imprenta e impresores en Veracruz de 1795 a 1850. Adriana Pineda Soto se encarga de los tipógrafos en Michoacán al referirse a la imprenta itinerante y a dos figuras que se destacan y comparan: Ignacio Arango y Octaviano Ortiz; y María del Pilar Gutiérrez Lorenzo da cuenta de las im-

presiones y ediciones del taller de la Casa de Misericordia (Hospicio Cabañas) subrayando el vínculo que se establece entre el impresor José Orosio Santos y las autoridades eclesiásticas de Jalisco.

"Libros, librerías y gabinetes de lectura" es la cuarta parte de esta obra, una de las más logradas en cuanto a unidad; combina apreciaciones sobre lo que significa hacer de los libros y su lectura una misión, un negocio, una esperanza, y también una pasión. Espacios destinados a venderlos, títulos, proyectos para consumirlos, afanes para atesorarlos. Allí, Lilia Guiot de la Garza abre con un breve ensayo en el que se percibe el auge editorial que da marco a la vida del Portal de Agustinos, espacio de la competencia entre libreros en el corazón de la ciudad de México. Carmen Castañeda, a su vez, asoma al lector a los libros para todos los gustos que ofrece la tienda de la imprenta de Guadalajara, según inventario de 1821. Una clasificación por destinatarios permite a la autora asegurar que los había para niños, estudiantes, clérigos y devotos, además de los libros de entretenimiento, eruditos y de historia. Los impresores y libreros extranjeros, también en la capital, son el tema de María del Carmen Reyna, quien se encarga de destacar los aportes indudables en el desarrollo de las artes gráficas. De uno más de los esfuerzos de *El Pensador Mexicano* hacen eco María Ozuna Castañeda y María Esther Guzmán Gutiérrez; en sus

páginas el objetivo es dar razón de su intento de crear una Sociedad Pública de Lectura en 1820, que si bien no tuvo éxito, sí representa la inquietud y voluntad de Fernández de Lizardi por contribuir al bien público desde esa su trinchera. Finalmente, Miguel Ángel Castro obliga a dar un salto en el siglo XIX al remontar al lector a un famoso catálogo de libros, el de la Biblioteca Andrade, ese riquísimo repositorio que corrió la suerte del Imperio. Dan cuenta de su valía tanto el catálogo que se hizo para venderla al emperador Maximiliano, como el que existe de su venta en Leipzig en 1869.

En "De lecturas", la quinta de las divisiones, hay oportunidad de observar varias cuestiones: el destino incierto de las bibliotecas privadas, las implicaciones de tener destinatarios específicos como niños o mujeres, las fórmulas empleadas para hacer de los libros los mejores aliados, la circulación que crece y el público que se engrandece. La sección se construye con observaciones de Cristina Gómez Álvarez sobre los libros y papeles propiedad del padre Mier, que es posible conocer a partir de dos inventarios existentes. La autora hace cuentas, clasifica y comenta los posibles intereses de Mier, y asimismo supone el destino de los materiales desaparecidos entre 1817, fecha de la incautación de sus libros y papeles, y 1823, año de la devolución incompleta de los mismos. Dorothy Tanck de Estrada subraya la originalidad del impreso del padre José Ignacio Basur-

to, unas *Fábulas morales* destinadas a enseñar y divertir a los niños. Eugenia Roldán Vera hace una inteligente propuesta para estudiar las convenciones compartidas por escritores y lectores con respecto a los textos catequísticos, con el fin de fomentar la comprensión del proceso de recepción y asimilación de éstos: ordenar y fijar conocimientos, más que comprender, es una manera de vivir procesos sociales en un determinado momento de la historia. Laurence Coudart, por su parte, establece como objetivo de su artículo averiguar la penetración de los periódicos en el mercado de la noticia, utilizando el ejemplo poblano (1820-1850). Su propósito de inscribir el estudio de la prensa en el campo de la historia cultural la lleva a situar el periódico como uno de los mediadores de la transmisión de representaciones colectivas, y asimismo la conduce a formular una cuestión interesante, que amerita reflexión: "¿es legítimo comparar el grado de formación del público de 'ambos mundos' partiendo de las problemáticas historiográficas y del caso europeo?". Alfonso Rodríguez Arias ofrece noticia de publicaciones que destinaron materiales a las mujeres mexicanas, de 1823 a 1853, desde las que consideraron al sector femenino entre un universo mixto de lectores hasta las que hicieron del bello sexo su principal destinatario.

La intenciones que pueden leerse en los "Proyectos culturales" es el tema que domina los trabajos agrupados

bajo el título de la sexta sección. Allí nombres tan sonoros como el del conde de la Cortina, o el de Manuel Orozco y Berra, así como labores conjuntas, se destacan para apreciar el valor concedido a la publicación de impresos. Bárbara Cifuentes hace precisiones sobre el famoso y polifacético conde de la Cortina, en su versión de filólogo y gramático al servicio de una lengua nacional que fuera útil para fomentar la ciencias, las artes y la filosofía, subrayando su posición intermedia entre los rigores de la Real Academia Española y las propuestas de quienes propugnaban una gramática del español al uso, debido a su convicción de que la lengua, además de elemento de comunicación, era recurso para formar el contenido de la mente. Pablo Mora, en un muy breve texto, busca subrayar las intenciones, manifiestas a mediados de los años treinta, de lograr la regeneración de México por vía de la restauración de expresiones espirituales como la lengua, la religión y la literatura. Más allá de las diferencias entre centralistas y federalistas advierte el ánimo de fundar una nación en un clima de conocimiento de la nación y de educación, propiciado por los letrados. Tomás Pérez Vejo, en una muy interesante muestra de un proyecto de investigación mayor, presenta consideraciones sobre el papel de la prensa ilustrada en la construcción de la idea de nación. En la primera mitad del siglo en cuestión la invención de la imagen nacional, desde la lente con la

que aquí se mira, tiene como elementos para su construcción vistas de Europa, de la naturaleza mexicana, y de la historia prehispánica y colonial. En suma, elementos iconográficos sin articulación coherente. De la pluma de Antonia Pi-Suñer Llorens, lo que en el volumen aparece es la descripción de una de las empresas culturales de gran envergadura: el *Diccionario universal de historia y geografía*. Pi-Suñer menciona a los participantes acreditados y alude al número de colaboradores; caracteriza generaciones y subraya tanto el factor nacionalista que se detecta en la obra como la proyección que tuvo en trabajos de naturaleza semejante. Sobre un asunto cercano a éste versa la propuesta de José Ortiz Monasterio que, si bien ofrece en el título un aporte sobre el vínculo entre literatura nacional e integración del Estado mexicano, más bien lo que desarrolla es una consideración sobre las posibilidades de ver en la relación lectores-literatura del siglo XIX uno de los elementos que entraron en juego para la citada integración, de manera tal que le permite afirmar que "el Estado mexicano nació así como una invocación de las letras".

Las "Tendencias y problemáticas culturales" se agrupan en otra sección; en ésta, la séptima de la obra, hay espacio para que Arturo Soberón Mora haga un repaso de lo que significaron folletos, catecismos, cartillas y diccionarios en la construcción del México moderno. Las formas que reviste el dis-

curso militante o la instrucción dogmática y las apropiadas para orientar al ciudadano en sus derechos y obligaciones, así como las encargadas de difundir el conocimiento universal en la lengua nacional, hacen acto de presencia para ilustrar distintas contribuciones a un esfuerzo común. Lilia Vieyra, por su parte, ofrece una muestra de acuciosidad en la investigación al establecer los motivos de las variaciones de frecuencia detectadas en las publicaciones periódicas de los años 1822-1855. De índole religiosa, por la necesidad de descanso, por falta de recursos económicos, por inestabilidad política, debido a las ocupaciones múltiples de editores y redactores, y otros más, son algunos de los que se enumeran y explican para entender el fenómeno. Leonel Rodríguez Benítez llama la atención sobre un particular: el plan editorial del Banco del Avío, y con tino da noticia y comenta el esfuerzo de quienes, teniendo a la cabeza a Lucas Alamán, dieron vida a un proyecto notable, aunque de corta duración: editar materiales, sobre todo del género de la "memoria", con la finalidad de impulsar la industria. Susana María Delgado Carranco, centrada en una publicación, abunda sobre el impacto ejercido en la Nueva España por el decreto de libertad de imprenta. Como parte de una investigación mayor, su revisión erudita de *El Diario de México* subraya los ecos de una medida que, más allá de su vigencia efectiva, tuvo en pocos años una recepción intere-

sante y generadora de inquietudes diversas. Para Martha Celis de la Cruz el tema de interés, desarrollado en un pequeño estudio y como consecuencia de otra indagación anterior, es el de los problemas de legislación sobre propiedad literaria. Recorre en pocos párrafos lo sucedido en algunas naciones europeas en torno al asunto, exponiendo lo confuso del debate jurídico a que dio lugar durante las primeras décadas de vida independiente, hasta culminar, en 1846, en la Ley de José María Lafragua. El turno de Blanca García Gutiérrez es aprovechado por esta autora para distinguir rasgos de la cultura conservadora a través de un periódico en particular. Atendiendo a lo que *El Tiempo*, publicado de enero a junio de 1848, expresa en torno a la historia de México y a las advertencias que se hacen respecto al futuro, deducidas de la percepción de los editores de la experiencia liberal, aparece aquí la argumentación a favor de la monarquía que se hizo presente sumando voluntades internas y externas.

En la octava sección, intitulada "Éxitos editoriales", María del Carmen Ruiz Castañeda, señalada autoridad en estos temas, presenta un breve y erudito mensaje sobre *El Mosaico mexicano*; lo caracteriza en sus dos etapas y destaca su lugar como pionero del periodismo de arte, de escasa originalidad en un principio, y a la vez órgano de la actividad de los miembros de la Academia de Letrán duran-

te la primera época. Margarita Alegría de la Colina indaga sobre la propuesta cultural de dos publicaciones hechas por los miembros de la citada Academia, con Ignacio Rodríguez Galván a la cabeza de la edición. El rastreo de las intenciones de los editores y la presencia de los diversos géneros literarios y de distintos temas permite adelantar conclusiones en un trabajo de investigación apenas iniciado. Magdalena Alonso Sánchez se encarga de esclarecer los propósitos de un grupo de quienes publican *El Museo mexicano*. Es el caso en el que Cumplido, uno de los editores, consigue lo que no había sido posible en *El Mosaico mexicano*: que prevalezca en el contenido lo mexicano. Se subraya aquí la pluralidad de temas de que se vale esta publicación semanal para difundir una imagen de México. Claudia Ovando Shelley hace gala de su dominio del tema que propone en un artículo dedicado a comparar los discursos acerca del "arte popular", que se hacen presentes en el siglo diecinueve y en el veinte. Identifica una variante importante cuando se asoma a las páginas de *El Museo mexicano*, y pone de relieve la vinculación que se daba entre las entonces denominadas "chucherías" y "curiosidades" y el impulso que se quería dar a la industria nacional. Vicente Quirarte cierra esta ilustrativa sección con un texto en el que se rinde homenaje a la primera novela cuyo protagonista es la ciudad de México, y, especialmente al papel relevante que juega en ella la litografía.

Finalmente, una novena sección hace justicia a uno de los puntos de mayor interés, el del papel que juega la literatura vinculada al periodismo en esta empresa de cultura que fue la publicación de impresos. Jorge Ruedas de la Serna concede, con fundamento, a *El Diario de México* haber sido el vehículo de comunicación entre la Arcadia mexicana. La unión virtual, la coyuntura que hace posible continuar con esa larga historia que se remonta al siglo I a. C. Privilegiar la comunicación sobre la información es una de las condiciones que hace posible esta suerte de "agremiación más o menos disimulada" de poetas. Breve e inteligente lectura de una propuesta cultural que no tuvo tiempo de madurar, y sin embargo contribuyó al despertar de una conciencia nacional. Montserrat Galí Boadella aporta, además de datos que precisan, reflexiones que enriquecen la consideración de dos periódicos veracruzanos. Calibra el significado de las noticias que se publican, de la literatura política que encierran y de la variedad de temas que denotan la presencia del romanticismo que desplazaba al clasicismo. Concluye, corrigiendo, que el carácter de las publicaciones en cuestión era indiscutiblemente liberal, de tendencias constitucionalistas y federalistas. Guadalupe Gómez-Aguado se ocupa del género de la novela histórica, un recurso que cobra auge. Admitidas plenamente como novelas, a diferencia de las aparecidas durante la etapa colonial, se presen-

tan cuatro a las que se reconoce la intención de completar la labor en pro de México, que desde distintos frentes se llevaba a cabo. Blanca Rodríguez, en cierta medida, contrapone sus juicios a los aparecidos antes en torno al conde de la Cortina. Sin alusión al trabajo también incluido en esta obra, su texto plantea el apego al clasicismo, propio del conde, que sale a relucir cuando pone en la mira algunos de los poemas publicados en *El Año nuevo. Presente amistoso*. Velar por la estética de la lengua, fiel a su espíritu ilustrado, lo conduce a criticar y provocar a quienes con una manifiesta vena romántica daban respaldo a los comienzos de la literatura nacional. Finalmente, es Aurelio de los Reyes el que cierra con notable broche esta galería de textos. El suyo tiene una intención expresa, establecer los pasos que se siguen para la creación de una literatura nacional y, en consonancia con ello, los pasos que sigue Manuel Payno para constituirse en portavoz de ésta. El nacionalismo juvenil, el maduro y la propuesta romántica hacen su labor. De los Reyes selecciona párrafos y rastrea fuentes que alimentan la constitución del experimentado narrador de *El fistol del diablo*.

A mi vez, he querido seguir a grandes pasos la composición de esta vasta aportación en un intento desmedido de poder decir algo de todo. Sin embargo, insatisfecha con el resultado por la convicción de que en tan reducidas páginas no logra hacerse justicia ni al

todo ni a las partes, sólo me resta indicar que la puesta en prensa y papel de un conjunto de trabajos como el que ofrece este libro editado por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional y el Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, no hace sino evidenciar cuando menos dos cosas: una, que los estudiosos de la historia y la literatura han tenido ocasión durante los últimos tiempos del siglo xx de comprometerse en trabajos de investigación que abundan en temas de la mayor variedad e interés, correspondientes a la experiencia del siglo xix, y la fortuna de encontrarse para combinar sus esfuerzos y esclarecer un horizonte rico y complejo que hoy por hoy puede ser abarcado en una suerte de etiqueta mayor, la de la historia cultural; pero que, en términos más amplios aún, simplemente abrevan en condiciones de la vida de los hombres que por igual expresan su ser político, su realidad social, sus apetitos mundanos, sus expectativas trascendentes, su necesidad de durar. A lo largo de los diversos textos se hacen patentes los focos que la historia de la historiografía de los años recientes ha visto encenderse: hay ojos para apreciar actores otras veces soslayados; por ejemplo, los niños y las mujeres, los trabajadores y los empresarios.

La otra cuestión, a mi juicio digna de relieve, es que la historia como acontecer que emana de la letra impresa tiene tantos telones de fondo como para dar quehacer a una verdadera legión

de estos mismos estudiosos de la historia y de la literatura, y aún hacer espacio a los de disciplinas afines y hasta distintas, como la sociología, la psicología, la pedagogía, las ciencias de la comunicación, la medicina, etcétera, para complementar miradas, intercambiar métodos y, como fin primordial, ensanchar el campo del saber y de la comprensión de los anhelos de esos hombres no tan diversos de los de hoy en día, puesto que todavía nos resultan interesantes.

Es digna de la mayor felicitación esta empresa conjunta, cada uno de cuyos autores contribuye a lograr un cometido que se antoja magno. Pero quizá es aún más digno de una felicitación entusiasta aquel que tenga la suerte de contar con esta obra en su biblioteca. Este lector imaginario, no sólo sabrá mucho más de infinidad de temas y de personajes que desfilan por las páginas del libro, sino tendrá también más de 40 ejemplos de los resultados a los que llegan aquellos que emplean su tiempo en la averiguación de todo lo que supone la inigualable empresa de lidiar con la tinta y el papel.

Sin lugar a dudas este libro es una muestra más de la vitalidad que encierra la investigación histórica en México, la respuesta de los historiadores y los estudiosos de la literatura a la invitación para explorar temáticas determinadas, y el ritmo del trabajo mismo que bien puede dar cuenta del aprovechamiento de recursos, aun cuando no resulta fácil que éstos se combinen para

dar una respuesta más integrada a las preguntas sobre la cultura impresa en el México decimonónico. A cambio de ella, el lector podrá disfrutar de entrar al territorio mismo de cada historiador y advertir el estado que guarda su indagación. Podrá asomarse a proyectos en curso y adivinar los puentes de comunicación posible entre unos y

otros, los individuales y los colectivos, los de largo aliento y los de curiosidad ilimitada sobre un asunto. Ventana pues para el siglo XIX, no deja de mostrar el panorama de las postrimerías del XX que, pese a su transparencia, también guarda secretos para el lector de libros.